

El monte, los palos, las yerbas

La vida vegetal en el culto de las religiones cubanas de origen africano*

Oswaldo Navarro
Escritor y Periodista

Como el árbol, el hombre es un ser en el cual unas fuerzas confusas vienen a ponerse en pie... La vida vegetal, si está en nosotros, nos da la tranquilidad del ritmo lento, la respiración de su aquiescencia. Sí, el árbol es el gran ser del ritmo, el verdadero ser del ritmo anual. Él es el más claro, el más exacto, el más seguro, el más rico, el más exuberante en sus manifestaciones rítmicas, pues la vegetación no conoce la contradicción. Llegan las nubes para contradecir al sol del solsticio, pero ninguna tempestad impide al árbol verdecer a su hora.

Gastón Bachelar
La poética de la ensoñación

La evolución del género humano no podría ser explicada sin la existencia de la vida vegetal. Todas las culturas primitivas y algunos que no lo son rindieron y rinden culto al bosque, siempre integrado a sus creencias religiosas y sus mitologías. Así, Wilhelm Grimm, el genial filólogo y escritor alemán, al estudiar los vocablos teutónicos que significan templo, detectó que todos provenían de denominaciones que antes se referían al bosque natural. Del mismo modo, todas las culturas de la antigüedad veneraron uno o más árboles: los celtas, la encina; los escandinavos, el fresno; los hebreos y los árabes, la palmera; los germanos, el tilo; los indios, la higuera o ficus

religioso, y los chinos, el bambú, el ciruelo y el pino.

Es lo que sucede con las religiones cubanas de origen africano, vivas y en pleno proceso de expansión, para las cuales el monte es sagrado, no sólo porque sin yerbas y palos esas religiones no podrían funcionar, sino porque el monte es el lugar donde se producen hechos que consideran mágicos o religiosos, y sus creyentes se adentran en él cumpliendo rituales propios de quienes penetran en un templo, aunque su veneración máxima la fijan en tres árboles: la ceiba (ceiba pentandra, perteneciente a la familia de las bombáceas), la palma real (roystonea regia, de la familia de las palmáceas) y la siguaraya (trichilia havanensis Jacq).

El culto a la naturaleza y, en especial, a los bosques formaba parte de la visión del mundo de todas las antiguas culturas africanas. Los historiadores de la cultura cubana han repetido que los esclavos africanos, traídos a Cuba por la fuerza, encontraron en la floresta de la Isla plantas y animales con ciertas similitudes a los que existían en sus tierras de origen. Sin embargo, no se ha hecho referencia a que se trata de dos florestas con características bastante diferentes, y apenas se ha investigado sobre la relativa rapidez con que la nueva (otra) naturaleza fue asimilada, ni sobre el posible traspaso de conocimientos que, en las materias de botánica, forestal, medicinal y hasta de uso litúrgico de algunas plantas, pudieron haberles transmitido los aborígenes de la Isla.

Se sabe que la presencia humana en Cuba data de, al menos, seis mil años. Los taínos, en particular, poseían grandes conocimientos sobre la flora y la fauna de Cuba, por haberla habitado por más de 10 siglos antes de que llegaran los españoles y los africanos. El monte todo, así como árboles y plantas en particular, fueron motivo de su adoración, porque en ellos habitaban sus dioses y sus muertos, pero, además, porque servían de refugio a la fauna, eran productores de alimentos y contenían los elementos básicos para la preparación de sus medicamentos. Además, con sus ramas y hojas construían sus viviendas, con sus fibras fabricaban muchos objetos y utensilios para el uso doméstico y tejían redes, hamacas y taparrabos. La vigencia de aquellos conocimientos es algo que se palpa en la vida cotidiana de Cuba y se evidencia en el simple hecho de que una buena parte de las plantas que existían en la Isla siguen siendo denominadas con los nombres que ellos les asignaron, incluidas algunas de las que se utilizan para los actuales ritos religiosos, como, por ejemplo, el tabaco, el corajo y el maíz.

La negación de todo lo relacionado con la influencia de los taínos en la cultura cubana ha sido un prejuicio que ha estorbado la formulación de una visión más plena de los elementos que inicialmente la integraron y que, sin duda, perviven. José Juan Arrom, el cubano que más y mejor ha estudiado la cultura taína, especialmente su mitología y su lengua, aseguró que todo lo que aquel pueblo “creó y creyó ha influido en la actual cultura de las Antillas más de lo que se sospecha”. El sabio afirmaba que existe amplia evidencia documental para demostrar que “los indígenas fueron diezmados pero no exterminados”. De tal forma, decía, en el proceso inicial de convivencia y transculturación, parejamente con “lo material y visible de sus modos de hacer, transmitieron también algo de lo recóndito e inapresable de sus modos de sentir”:

Enterarnos de cómo percibían el mundo y representaban las fuerzas de la naturaleza habrá de ayudarnos a descubrir soterradas raíces míticas en ciertas creencias religiosas y en determinadas creaciones artísticas de los antillanos de hoy.¹

Se sabe que los aborígenes cimarrones mantuvieron su resistencia durante varias décadas en los montes cubanos y que llegaron a convivir, durante algún tiempo, con los primeros cimarrones y apalencados negros, con quienes habrían compartido muchas de sus tradiciones y costumbres. Desde el punto de vista religioso, la convivencia no debió resultar muy dificultosa, debido a que ambas culturas compartían elementos comunes o parecidos, precisamente, en lo relacionado con las formas en que se representaban las fuerzas naturales y en sus concepciones mítico-religiosas.

El fraile Ramón Pané informó que los behiques (brujos-médicos) taínos solían en-

trar en comunicación con los espíritus o almas de los muertos (apias, en su lengua), de las cuales conocían todos los secretos.² Para ellos, muchos seres animados o inanimados poseían propiedades sobrenaturales. En su mitología, los dioses o cemí cumplían diferentes funciones, todas relacionadas con el mundo natural.³ Curiosamente, el mito y cemí Baybrama alude a la tala y quema de zonas boscosas, en relación con el cultivo agrícola y el proceso de fabricación del casabe. En los árboles habitaban los cemí o, más bien, éstos podrían ser los cemí mismos, que habrían tenido todo tipo de facultades sobrenaturales, incluso hablar, como bien relata Pané, al describir la práctica de la cohoba:

*cuando alguno va de camino dice que ve un árbol, el cual mueve la raíz; y el hombre con gran miedo se detiene y pregunta quién es. Y él le responde “Llámame a un behique y él te dirá quién soy”. Y aquel hombre, ido al susodicho médico, le dice lo que ha visto. Y el hechicero o brujo corre en seguida a ver el árbol del que el otro le ha hablado, se sienta junto a él y le hace la cohoba [...] Hecha la cohoba, se pone de pie y le dice todos sus títulos, como si fueran de un gran señor, y le pregunta: “Dime quién eres y qué quieres de mí y por qué me has hecho llamar. Dime si quieres que te corte, o si quieres venir conmigo, y cómo quieres que te lleve, que yo te construiré una casa con una heredad”. Entonces aquel árbol o cemí, hecho ídolo o diablo, le responde la forma en que quiere que lo haga. Y él lo corta y lo hace del modo que lo ha ordenado: le fabrica su casa con heredad, y muchas veces al año le hace la cohoba.”*⁴

Las religiones afrocubanas basan su existencia en una mitología, cuyos protagonistas, los orishas, habitan en el monte, y cada uno es “dueño” de un determinado número de las plantas consideradas mágicas. Los orishas son hijos de un dios llamado Olorun u Olordu-

mare, que es la fuente del ashe, la energía espiritual de la que está compuesto el universo, todo lo vivo y todas las cosas materiales. Cumplen funciones diferentes, de acuerdo con sus facultades y, cuando son consultados, responden a través de diversos medios, según los distintos sistemas adivinatorios. Para resolver los problemas que indican, piden ofrendas, de acuerdo con sus gustos y necesidades, y hacen recomendaciones de ebos, una buena parte de los cuales se realiza con yerbas y palos.

Para las religiones afrocubanas, pues, los árboles y las plantas “son seres dotados de alma, de inteligencia y de voluntad, como todo lo que nace, crece y vive bajo el sol”.⁵ Los creyentes que se adentran en un monte lo hacen convencidos de que establecen un contacto directo con las fuerzas sobrenaturales que los rodean. Allí están todos los orishas: Eleguá, Oggún, Ochosi, Obatalá, Changó, Ochún, Yemayá, Oyá, Orunmila, Osain, Orisha Oko, Balalú Aye, entre los que “más trabajan”, y los eggún —los muertos.

En el monte el creyente dispone de todo lo necesario, no sólo para su magia, sino también para mantener su salud y su bienestar espiritual y material; allí, encuentra, además, “todo lo que le hace falta para defenderse de cualquier fuerza adversa, suministrándole los elementos de protección —o de ataque— más eficaces”. Sin embargo, estas religiones no hacen un uso indiscriminado del bosque, sino que, además de rendirle culto, lo tratan con un alto sentido de respeto. En su ética, para utilizar cualquier elemento de la abundante riqueza natural: una yerba, un palo, una animal, una piedra,

*es preciso que solicite respetuosamente su permiso, y sobre todo, que le pague religiosamente con aguardiente, tabaco, dinero, y en ciertas ocasiones, con la efusión de la sangre de un gallo, el derecho, el tributo que todos le deben.*⁶

Tres homenajes

La ceiba

La ceiba es tan poderosa que se le considera la madre de todos los árboles, lo cual pudiera explicarse por su gran frondosidad, las proporciones de su tronco y su legendaria longevidad. Su fuste, robusto e imponente, llega a adquirir tanta altura, que se sale de la escala humana. La presencia de una ceiba, siempre con un halo de misterio, suele causar en los creyentes una impresión tan sobrecogedora como podría hacerlo una catedral gótica.

Por lo general, la ceiba crece en plena luz, en un cierto aislamiento, al menos de los demás especímenes, lo cual la hace sobresalir y, de cierto modo, predominar. Se la encuentra en casi todo el país, especialmente en las partes húmedas, y cuando crece en zonas secas, se le ve, generalmente, cerca de aguas permanentes.

Árbol muy frondoso, de crecimiento rápido, alcanza su madurez hacia los 20 años, y llega a adquirir hasta 40 metros de altura y 200 centímetros de diámetro. Su fuste es recto y su copa esférica o redondeada, con ramas abundantes que ascienden oblicuamente. Su follaje es de un verde claro. Su corteza es moderadamente lisa, con espinas cónicas esparcidas irregularmente hacia la parte superior del tronco.

Sus hojas son digitado-compuestas, agrupadas alternamente al final de las ramillas. Florece entre mayo y junio y sus frutos maduran hacia septiembre. Sus flores son hermafroditas, blancuzcas y grandes. Sus frutos son unas bellotas parduzcas, de 10 a 20 centímetros de largo y de 3 a 6 de diámetro. Cuando maduran, se abren en 5 valvas y expulsan unas motitas de hilos muy finos, que se organizan en forma cónica, como una suerte de paracaídas, de los cuales cuelgan las pequeñas



semillas, que viajan, así, grandes distancias, transportadas por el aire.

Tales atributos le otorgan a la ceiba un carácter tan especial que la convierten en el más sagrado de todos los árboles. El respeto por ella es tanto que se sale de lo estrictamente religioso y entra en el terreno de las supersticiones populares. Según lo atestiguado por Esteban Roldán Oriarte, entre los campesinos, “es una creencia muy generalizada que bajo una ceiba no hay temor a las descargas eléctricas, y muchos campesinos viejos juran formalmente que jamás un rayo ha dañado a una ceiba”.⁷

Por su parte, Lydia Cabrera afirma que la ceiba es un árbol considerado tan sagrado que cabría preguntarse si es objeto de un culto independiente. En ese culto, dice, “comulgan por igual, con fervor idéntico, negros y blancos”. Para los creyentes, allí habitan “todos los muertos, los antepasados, los santos africanos de todas las naciones traídas a Cuba”, y lo que parece más extraño, “los santos católicos van a

ella y la habitan permanentemente”. Incluso, para los chinos, que fueron llevados a Cuba como semiesclavos durante la colonia, y para sus descendientes, era “el trono de Sanfan Kon” o, lo que sería igual, la misma Santa Bárbara (Changó) en China.⁸

Debido a que a la ceiba es adorada por todas las religiones que se practican en Cuba, no resulta extraño que a los pies de su tronco vayan a parar las más variadas ofrendas, desde flores, velas y ebbos hasta “mortales” brujerías. Debajo de las ceibas salen, por las noches, unas luces circulares que los supersticiosos identifican con los muertos.

La palma real

La palma real es un árbol que crece hasta 40 ó 50 metros de altura. Sus hojas son pinna-tisectas, con un pecíolo largo, envainador; espádice en la base del cilindro formado por las vainas de las hojas. Es la planta más característica de los campos cubanos. Crece en toda la isla, lo mismo en terrenos llanos que montañosos, preferiblemente en terrenos fértiles y lugares húmedos, tales como las márgenes de ríos, arroyos y cañadas y los bordes de las ciénagas. No se la encuentra en las sabanas ni en los suelos derivados de roca caliza sulfatada.

La palma real, además de ser bellísima, es una planta muy útil: posee propiedades emolientes; su raíz es diurética y se emplea para expulsar las piedras del riñón y para combatir la diabetes, la arteriosclerosis, los calambres, el asma, el catarro, la circulación, las hemorragias, la lepra, el paludismo y las torceduras. La madera se usa en la construcción de casas rurales, en entabladuras, muebles y envases para productos agrícolas. Las hojas (pencas de guano) sirven para techar casas y para dar sombra en las vegas al tabaco; con las yaguas, que son las bases ensanchadas de las hojas, se construyen catauros y tercios para empacar el



tabaco en rama, el cual, en su interior, pasa por un proceso de notable mejoramiento en su calidad; también sirven para las paredes de las casas de campo y, en forma de tiras (ariques) para torcer sogas y tejer diferentes tipos de artesanía.

Con su cogollo se tejen sombreros y diferentes tipos de objetos artesanales. Cuando el cogollo está “tierno”, es decir, que no ha salido a la superficie, es un gran alimento, denominado palmito, que se ingiere en forma de ensalada y en guisos. La palma real florece y fructifica todo el año y cada planta puede producir hasta ocho racimos de palmiche, que llegan a pesar hasta ocho arrobas cada uno.

El palmiche es un grano que, dado su alto contenido en grasa, es un excelente alimento para engordar (cebar) cerdos, y su aceite se ha utilizado para la fabricación de jabones y hasta para el consumo humano. Cuando los racimos están en flor, las abejas liban en ellos una miel oscura, de exquisito sabor, y cuando han sido despojados del palmiche, se emplean como escobas.

Las propiedades de la palma fueron ampliamente conocidas y aprovechadas por los aborígenes taínos, quienes se valían de ella para múltiples usos, especialmente la construcción de sus viviendas, uno de cuyos tipos, el bohío, se ha mantenido a lo largo de los siglos como elemento arquitectónico fundamental de los guajiros cubanos.

Por su belleza y sus características tan particulares, la palma real fue designado árbol nacional, y figura en el escudo de la nación, como símbolo de la hidalguía y la serena firmeza de los cubanos. Su abundancia en la Isla era tal que, hacia la década de 1970, se calculaba que todavía habrían quedado unos 10 millones de ejemplares. Sin embargo, el *palmicidio* que tuvo lugar a lo largo de muchos años tiene que haber producido un notable descenso en esa cifra.

La palma real desempeña un papel muy especial en la cultura cubana, no sólo porque es un símbolo nacional, sino también porque es un árbol considerado sagrado por las religiones populares, por lo cual es un elemento de frecuente mención en la tradición oral del país.

La palma real posee un tallo de elevada altura y un penacho superior terminado en forma de punta. Estas características hacen que sobresalga sobre las demás plantas y que se convierta en una atracción para los rayos. La palma, pues, no es un árbol cualquiera, sino nada más y nada menos que el refugio de Changó, orisha al que se le considera el artillero del cielo y al que se le simboliza como el mismísimo trueno. En tal sentido, Lydia Cabrera asegura que Changó “cae siempre en la palma real”. La asociación con el gran orisha, dice, se torna inevitable, ya que los rayos fulminan todos los años un número considerable de estos árboles: “La palma coge el rayo y se lo guarda dentro. Tiene potestad para amarrar el rayo”.⁹ La palma tiene también un alto significado para los ñañigos o abakuá:

*Bajo la palma, a orillas de un río del Calabazar, se manifestó por primera vez el espíritu que adoran los ñañigos o abakuan. Nuestra religión se organizó al pie de la palma; por eso la adoramos. Por eso es nuestro emblema. En la palma fue la aparición. La palma fue testigo de vista del misterio. Debajo de la palma se enterró a Sikan’.*¹⁰

La asociación psicológica y religiosa de la palma real con el dios de la virilidad, el fuego y la pasión, según algunos estudiosos, remite a la idea, tan frecuente en la historia del pensamiento humano, del árbol como fuente de fertilidad cósmica. De tal modo, la palma real, el Gran Padre, y la ceiba, la Gran Madre, crean el binomio hembra-macho, principio binario generador del universo.



La siguaraya

La siguaraya es un arbusto o árbol perennifolio, que adquiere hasta 12 metros de alto, y su tronco, hasta 40 centímetros de diámetro. Es muy común en toda la Isla, y suele crecer en las orillas de los arroyos y en los montes bajos o maniguas.

A la siguaraya se le reconoce con relativa facilidad por su abundante follaje, el cual la distingue de las plantas circundantes. Florece de enero a abril; sus flores son de un color blanco verdoso y contienen un néctar que produce una miel oscura y de muy buen sabor.

Su “dueño” es Changó. Dado su gran poder, es el primer “palo” que los mayomberos saludan, cuando entran en el monte, después de saludar a los cuatro vientos. En las gangas, es de los palos principales. Cuando un practicante cae en trance, se le colocan sus hojas en la cabeza, para que el espíritu lo agarre bien. Se le llama abrecamino, tapacamino y rompeca-

mino, según el empleo que de él se haga: abre los caminos a quien invoca, pero también los cierra al enemigo.

El dicho popular de que “Cuba es el país de la siguaraya” constituye una metáfora de tantos significados como circunstancias en las que se emplea, aunque todos conducen a una misma hermenéutica: en Cuba, cualquier cosa puede suceder.

Mata siguaraya es una de las canciones cubanas más conocidas en el mundo, y fue inmortalizada por Benny Moré, considerado el más grande músico popular cubano de todos los tiempos:

En mi Cuba nace una mata,
que sin permiso no se pue'tumbá,
no se pue'tumbá,
porque son de orisha.

Esa mata nace en el monte,
esa mata tiene poder,
esa mata e' siguaraya.

Siguaraya, que va, que va,
con permiso, yo va'a tumbá'.

NOTAS Y BIBLIOGRAFIA

* Capítulo del ensayo *Cuba: desierto verde*, en preparación

1. Arrom, José Juan. *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. Siglo Veintiuno Editores. México, 1989: 15-16
2. Pané, Ramón. *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Fondo de Cultura Económica. México, 1974: 33
3. Para mayor información, ver la obra la citada obra de Arrom.
4. Pané, Ramón: ob. Cit: 41.
5. Cabrera Lydia. *El monte*. Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1993: 20
6. Cabrera, Lydia. ob. Cit.: 19.
7. Esteban Roldán Oriarte. *Cuba en la mano*, La Habana, 1940: 448.
8. Lydia Cabrera: ob. cit.: 149.
9. Lydia Cabrera: ob. cit.: 216-217.
10. Lydia Cabrera: ob. Cit: 267.